de gelatina, fue paulatinamente asimilado por los fotógrafos criollos, algunos de los cuales habían puesto en práctica innovaciones técnicas para su consumo personal.

Arte y fotografía. La tradición del retrato

La enfurecida discusión que intenta definir si la fotografía desplaza y refuta a la obsoleta e imprecisa pintura o si por el contrario debe entenderse como una industria más, sobre la cual recuestan su ineptitud los talentos escasos, pues su valor radicaría en el servicio que presta a la exactitud, tarda en resolverse a favor de la sensibilidad y capacidad expresiva del usuario de la técnica.

Esta polémica no interrumpe la producción de fotógrafos en Colombia, y es el retrato una modalidad a la cual los colombianos hacen uno de los mayores aportes artísticos, como lo muestran las fotos de Duperly, Rodríguez, Benjamín de la Calle, Aristides Oriza y Demetrio Paredes, entre otros.

Especializaciones y nuevas actitudes Ya en el siglo XX se presenta una proliferación en el número de fotógrafos aficionados y profesionales, en el uso de las técnicas y en los objetivos artísticos e informativos de la fotografía.

Surge la modalidad de la tarjeta postal con figuras alegóricas, personajes y paisajes; el reporterismo gráfico se estabiliza como profesión al servicio de las nuevas ediciones de periódicos y revistas y se oficializa la utilización de la fotografía como apoyo para actividades profesionales y científicas.

Finalizado este recuento general, el libro presenta, como anexo, detalles de los procesos técnicos relativos a la fotografía y una lista de fotógrafos colombianos.

Esta sucesión cronológica de datos acerca de los exponentes y las tendencias de la fotografía en Colombia constituye una buena aproximación histórica. No obstante, las pretensiones de abarcar de un solo fogonazo un siglo entero del quehacer fotográfico en este variado país, logra el efecto aplanador del flash sobre una multitud desprevenida: se pierde la profundidad, desaparecen los matices y sutilezas, se iluminan en exceso los primeros objetos que reciben el resplandor de la lámpara, quedando opacos aquellos que se ubican unos pasos atrás; no hay claridad sobre lo particular y por tanto la totalidad se distorsiona.

Aun así, el texto sugiere infinidad de posibilidades, con lo cual se resalta su importancia como punto de partida para futuros avances. Una historia de la fotografía es la versión de la mirada que ha tenido la sociedad sobre sí misma, narrada desde la sensibilidad de aquellos que tuvieron en su poder los elementos para registrar la apariencia del entorno. Es por tanto la historia de sus gustos, de sus temores, de lo que se cree que merece recordarse y también de lo que se omitió, con deliberación o sin ella.

Otra publicación complementaria podría ocuparse en conceder la importancia merecida a la evolución de la fotografía en cada región colombiana, dándole una representación a la fotografía doméstica: la de los álbumes familiares, aquella que poco sabe de arte pero que también forma parte de la historia; realizar una verdadera interpretación histórica aprovechando la calidad de los ingredientes, tratando de desentrañar el carácter de cada época, el porqué de los temas que se tratan; profundizar en las distintas modalidades y, en fin, asumir la tarea de acuerdo con las exigencias de su magnitud.

En todo caso, el texto es de gran interés tanto para el investigador como para el espectador desprevenido, pues ofrece materiales para la consulta y el goce.

CRISTINA TORO



Noches de Cartagena

Cartagena
Hernán Díaz
Fondo Educativo Interamericano.
Bogotá, 1983

Hernán Díaz es el más importante fotógrafo colombiano. Perteneciente a una generación que en literatura está representada por García Márquez, en pintura por Obregón, en arquitectura por Martínez Sanabria, en política por Belisario Betancur, Hernán Díaz ha sido corresponsal de Time, de Fortune, de Life, de Monitor; fue fotógrafo del Christian Science Monitor; fue el primer fotógrafo colombiano de quien el Museo de Arte Moderno de Bogotá organizó una muestra individual representó a Colombia en la Bienal de Venecia y ha ejercitado la más productiva labor profesional, pedagógica y creativa en la fotografía colombiana.

La bibliografía de Hernán Díaz comprende una lista larga que comienza por Seis artistas colombianos, realizado conjuntamente con Marta Traba en 1963, y culmina con un libro documental de denuncia sobre la destrucción de los cerros orientales de Bogotá, Diario de una devastación. Su opus máxima, hasta ahora publicada, es, sin embargo, este espléndidamente presentado volumen sobre Cartagena que ahora editó el Fondo Educativo Interamericano.

Lo primero que habría que anotar sobre este libro, es que en él se incluyen imágenes tan conocidas, en afiches y diferentes publicaciones, que se diría que estas fotos de Hernán Díaz son ya parte del acervo común de la imaginería nacional. Nuevas visiones, ya establecidas como una forma natural de la belleza colombiana.

Pero el libro va más allá. Pareciera que Cartagena es un tema que los artistas, llámense fotógrafos o historiadores, sólo abordaran como un acto de amor. El prologuista de este libro, Belisario Betancur, advierte uno de los aspectos más notorios de Hernán Díaz así: "Desde cuando, muy joven, Hernán Díaz se reveló

como uno de los mejores fotógrafos de Colombia, siempre ha sido motivo de admiración la versatilidad con que se enfrenta a un repertorio temático múltiple, desconcertantemente variado: el autor de hondos retratos de mujeres hermosas y de niños atónitos, de paisajes y de bodegones (cuesta trabajo desprenderse de estas engañosas analogías con la pintura), de joyas y del detalle o del conjunto de una arquitectura". Y esta versatilidad, que le permite hallar las imágenes que tomará su cámara como si fuera un trabajo poético, transformará la visión: "lo que Hernán Díaz consigue no es recuperar el recuerdo sino inventarlo, dar forma y presencia a seres y lugares que habíamos percibido borrosa o imperfectamente, o al menos, sin el rigor de su mirada de artista".

Una visión personal; una visión en los dos sentidos de la palabra: imagen percibida por el ojo y, también, alucinación, sueño. Una ciudad personal, que se recorre con el rigor y la finura de un poeta. Díaz, además, es buen prosista, y en hermoso prólogo nos presenta una especie de representación fantasmal; ahí está él mismo, el artista, el fotógrafo, el poeta, haciendo carne las palabras de otros poetas, de Salinas y de Cavafis.

La introducción de Hernán Díaz a este, su antológico libro sobre Cartagena, es como el cuaderno de bitácora de un poseso, que circula por su personal Cartagena de la mano del azar, de la mano de la música. Un recorrido iluminante, de hechizado: "De pasar por aquí, Ulises no habría regresado". Una voz de cierta prosaica cordura, equivocada por definición, nos diría que estas apariciones fantasmales que el fotógrafo describe en su prosa, son apenas fantasías del artista, delirios nocturnales. El desmentido vendrá después, a lo largo de estas, alrededor de cien, magistrales fotografías.

Fotografías que trazan un itinerario espiritual y visual, que construyen una nueva mitología. Allí están los escenarios más ilustres de la ciudad, castillos y murallas, conventos e iglesias, edificios del clero o del Estado, escenarios de un encantamiento más profundo, que Hernán Díaz revela: las frutas y el mar, la belleza de las negras, el reverberante y bullicioso gentío, los hombres y mujeres humildes, sus casas y sus ropas, formando parte de un paraíso visual descubierto, inventado, como se inventa el recuerdo, por Hernán Díaz.

Si en el plano de su materia temática, Hernán Díaz reelabora el lenguaje visual de un lugar privilegiado, de por sí hermoso, en el plano de la creación fotográfica el trabajo de Hernán Díaz es ejemplar y se inscribe dentro de la mejor tradición clásica' en la fotografía. Por la originalidad de su visión, lo que ha hecho Hernán Díaz con Cartagena es análogo a lo que hace setenta años hizo Alfred Stieglitz con su Nueva York.

D.J.A.

No más cuentos, ahora un libro

Concurso nacional de cuento 1983 Universidad de Medellín, Medellín. Vol. 41, 1983

Seiscientos treinta y cuatro cuentos. La cifra, desmesurada, significativa por sí misma, le da al concurso Argemiro Pérez Patiño, que tres veces ha organizado la Universidad de Medellín, el carácter inapelable de concurso nacional de cuento. La cantidad de concurrentes tiene razones que el bolsillo bien conoce: un premio atractivo en la escala usual de estos certámenes, otorgado por un jurado fehaciente: Germán Vargas, Eduardo Pachón Padilla y Héctor Rincón.

Por una parte, la apabullante cifra de 634 cuentos obliga a los organizadores a cambiar las bases del concurso, que seguirá otorgando el premio nacional de cuento, pero —desde 1984— a un libro. Se acata la mejor de las sugerencias del jurado del 83, orientada a estimular a quienes han trabajado con mayor disciplina y continuidad y de esta manera este premio se iguala con el otro premio

nacional de cuento, otorgado por el Instituto de Cultura de Cúcuta, y que en 1983 obtuvo Sergio Vieira con Historias de vecinos.

Por otra parte, el orden de la cantidad permite al fin, buen dato, jugar con la probabilidad estadística, esa forma del albur que resulta más certera si se cuenta con un jurado idóneo, como en este caso. El principio—falible— indica que existe aquí mayor posibilidad de encontrar buen material. Y el resultado es doblemente estimulante, no sólo porque se halla ese buen material sino porque sus autores tienen nombres desconocidos: auspiciosa renovación.

Renovación repartida, regionalmente, en cuanto a ganador y menciones, entre Antioquia y la costa, y que incluye también a Bogotá y al Valle si se tienen en cuenta las menciones. Pero los palmares literarios del 83 se repartieron entre Antioquia y la costa: los dos premios de cuento, los dos de poesía (ambos ganados por Jaime Jaramillo Escobar) y el Plaza y Janés de novela.

El ganador, Oscar Castro García, nacido el 23 de marzo de 1950 en Bello (Antioquia), apenas prepara su primer libro que editará la Universidad de Antioquia. Sin embargo, obtuvo ya un primer premio en el octavo concurso latinoamericano de Puebla. Además, no sólo ganó el concurso sino que obtuvo otra distinción en este premio nacional, cual la recomendación del jurado para que se incluyera otro cuento suyo en la recopilación de los mejores cuentos.

Sola en esa nube, el cuento ganador, según el jurado Germán Vargas, "se destaca por su excelente dominio del lenguaje, con el cual su autor logra interesantes experimentos plenos de éxito, así como un sorprendente manejo de personajes, situaciones y ambientes. Es Sola en esa nube un cuento de calidad excepcional".

Tanto Sola en esa nube como El encuentro, el otro cuento de Castro García, se manejan con la técnica del monólogo interior, especie de lenguaje catapultante, envolvente, obsesivo. Hay en este profesor de la